

IX

El proyecto no era nuevo. En las conferencias de Plombières se había estipulado que, si se fundaba un gran reino en la alta Italia, Francia podría reivindicar aquellos territorios á título de compensación y sobre todo para su seguridad. Más tarde, como la guerra sólo había satisfecho á medias las ambiciones italianas, el emperador no había creído decoroso reclamar el premio de un favor incompleto. En Turín, el recuerdo del compromiso contraído con Francia no se había borrado en lo más mínimo. Pero la mejor manera de escapar al pago de una deuda es no hablar de ella jamás, evitar que de ella hablen los otros y cambiar de conversación cada vez que se aluda al asunto. Todo el esfuerzo de los ministros sardos consistió en practicar esa conducta y no decir ni hacer nada que pudiese refrescar la memoria del emperador. A últimos de julio, se produjo cierta agitación separatista en Annecy y en Chambéry; agitación que se procuró ocultar. A toda costa había que ganar tiempo y eludir toda reclamación; mientras tanto prescribiría la promesa.

A principios de 1860, como la Cerdeña no disimulaba ya su codicia, el emperador juzgó que sería una necesidad diferir por más tiempo sus reivindicaciones. Inglaterra acababa de formular las famosas proposiciones que ponían en manos del Piamonte toda la Italia central, cuando Napoleón confió á lord Cowley su proyecto de asegurar á Francia algún engrandecimiento que fuese la compensación de sus sacrificios: era un excelente medio de atraerse la opinión pública, poco satisfecha de sus complacencias con los italianos, y de imponer silencio al clero muy irritado (1). El 25 y el 27 de enero, *La Patrie* publicó dos artículos sensacionales sobre «las aspiraciones de la Saboya y del condado de Niza.» Según el periódico oficioso, estas provincias deseaban ser francesas, como «fragmentos desprendidos que eran de nuestro territorio.» Mientras el Piamonte fué potencia de tercer orden, comprendióse que su solicitud se extendiese igualmente á uno y otro lado de los Alpes; roto el equilibrio, todos sus intereses, prodigiosamente aumentados, la empujaban hacia Italia. En estas condiciones, la Saboya y Niza escapaban por la fuerza de las cosas á sus antiguos soberanos, mientras que su idioma, sus costumbres, su situación geográfica, todo las atraía á la órbita de Francia.

Los sardos no admitían analogía alguna entre las aspiraciones de las provincias con las cuales querían quedarse y las aspiraciones de las comarcas que consentían en perder. Demasiado comprometidos para protestar abiertamente, se esforzaban al menos en contestar aquella pretendida unanimidad que inclinaba á los saboyanos y á los nizardos hacia Francia. El 29 de enero, se produjo en Chambéry una manifestación, evidentemente preparada; los habitantes se reunieron en gran número en el Campo de Marte, y firmaron mensaje de fidelidad al rey; mensaje que fueron luego á depositar en manos del gobernador. En Niza se organizaron manifestaciones anti-separatistas en el teatro y otros sitios. Llegaban de Londres consejos de resistencia. Eran gran-

(1) Véase *Life of the Prince Consort*, por Teodoro Martín, tomo V, pág. 12. — Véase también Chiala, *Lettre éditée et inédite di Camillo Cavour*, tomo III, pág. CCCXXV.

des los apuros de Cavour, que no podía razonablemente resistir á Francia y que tan interesado estaba en conservar el patronato de Inglaterra. El nuevo ministro de Francia en Cerdeña, Sr. de Talleyrand, acababa de ser portador de una carta autógrafa de Napoleón III para Víctor Manuel. En esta carta el emperador no se limitaba ya á formular deseos más ó menos vagos, sino que marcaba claramente su voluntad. Si el Piamonte consentía en renunciar á la Toscana y en favorecer el establecimiento de un reino separado, el gobierno de las Tullerías se abstendría de toda reclamación territorial; si, por el contrario, la Cerdeña absorbía toda la Italia central, el engrandecimiento sería demasiado considerable para que Francia dejase de estipular á su vez en provecho suyo, y en este caso, recordando antiguos compromisos, reclamaría Niza y Saboya (2).

Conocidas son de nuestros lectores las negociaciones para la creación de un reino en la Italia central, negociaciones que fracasaron. Tan pronto como el fracaso pareció seguro, el emperador no perdió un instante. Del ministerio de Negocios extranjeros enviése un despacho al Sr. de Talleyrand, que se encontraba entonces en Milán, ordenándole que reanudase inmediatamente las negociaciones sobre Saboya y Niza. El despacho fué inmediatamente comunicado á Cavour. Este era demasiado inteligente para formular objeciones violentas. El mismo se había adherido á las estipulaciones de Plombières, y en medio de tantas prosperidades, ¿podía quejarse de la humilde indemnización que Francia reclamaba? Contentóse con replicar algo despedido: «El emperador tiene, por lo visto, muchas ganas de Saboya y de esa pobre ciudad de Niza (3).»

Todo lo que el Piamonte no podía ó no osaba decir, lo proclamó Inglaterra. Al saber que Francia quería extenderse hasta los Alpes, estalló la indignación de la Gran Bretaña. «Hemos sido engañados del todo,» escribió la reina Victoria á lord John Russell en 5 de febrero, antes de tener noticia oficial del proyecto francés (4). En la prensa ministerial la consigna consistió en señalar como un despertamiento del espíritu de conquista lo que no era más que la pretensión modesta del más desinteresado de los soberanos. Lord Palmerston y lord Russell interrogaron con alguna irritación al embajador de Francia, Sr. de Persigny, quien declaró que el emperador quería poner la barrera de las montañas entre Francia y su protegida, que tanta fuerza había adquirido de pronto. «Si se construyese un túnel submarino, añadió el embajador, y uno de los dos Estados poseyera Douvres y Calais, ¿cuál no sería la inferioridad del otro! Deseamos evitar igual peligro. No queremos que, una vez abierto el túnel subalpino, un Estado importante sea dueño de las dos vertientes de las montañas y de ambas bocas del túnel.» Al decir de Persigny, los ministros británicos no supieron qué contestar. El embajador francés añadió con una exactitud que no admitía réplica: «Si queremos la Saboya, es porque Italia, en vez de contentarse con una organización federativa, ha querido concentrarse en un Estado poderoso. Y

(2) Véase Chiala, *Lettre éditée et inédite di Camillo Cavour*, tomo IV, pág. 31.

(3) De Ideville, *Journal d'un diplomate en Italie*, pág. 81.

(4) Véase *The life of the Prince consort*, por Teodoro Martín, tomo V, pág. 27.

¿quién ha sido el que más ha fomentado los progresos de ese Estado? Inglaterra (1).»

Desechados por parte de Francia, los ingleses trataron de asociar á sus quejas los tres gobiernos del Norte. De Berlín partieron algunas protestas virtuosas contra la pretendida codicia de Francia, y no faltaron voces para repetir que, después de haber reclamado la vertiente septentrional de los Alpes, el emperador reivindicaría la ribera izquierda del Rhin (2). En cambio Rusia permaneció indiferente. En cuanto al Austria, toda anexión le disgustaba, pero, en el fondo, la cólera de Inglaterra no podía por menos de divertirla. «¿Con qué ojos veréis las anexiones francesas de Saboya y Niza?, preguntó el embajador inglés, lord Loftus, á Rechberg. — Con los mismos ojos que las anexiones de la Italia central,» replicó friamente el jefe del gabinete de Viena.

Inglaterra sólo halló consuelo en un pequeño Estado que se creía perjudicado y hasta amenazado. Este era la Confederación helvética. Los tratados de 1815 habían establecido la neutralidad de los dos distritos saboyanos contiguos á Suiza, el Chablais y el Faucigny; esto creaba para dichos dos distritos, bien que sometidos, como el resto del país, al gobierno de Turín, una situación internacional especial y de arreglo bastante delicado en la hipótesis de un cambio de amo. Suiza esperaba que, en caso de anexión á Francia, aquellos dos distritos, neutralizados como ella, le serían adjudicados en todo ó en parte. Como esa esperanza parecía desvanecerse, Suiza experimentó ó fingió experimentar un gran terror á la idea de tener, á orillas del lago Lemán y en la frontera abierta, una vecina como Francia. A falta de otra cosa, lord Russell no dejó de echar mano de aquella pequeña querrela, esperando abultarla, agriarla, debatirla más bien como jurista y casuista que como diplomático, y armar la gran polvareda, aun cuando la cuestión principal, la de las anexiones, hiciese tiempo que se hubiese arreglado.

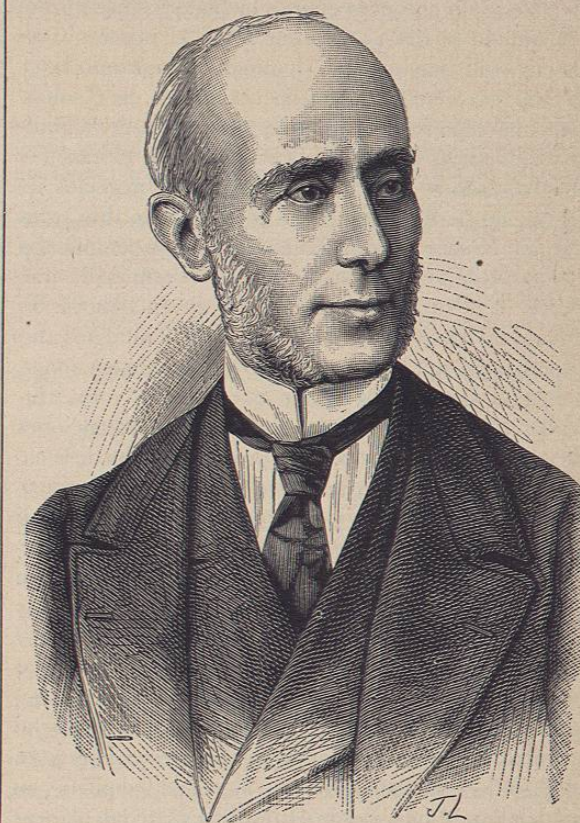
A pesar de su habitual deferencia con Inglaterra, el emperador no podía detenerse. Este contaba con que el engrandecimiento en cuestión afianzaría su popularidad y sería, aun á los ojos de sus adversarios, la justificación de su conducta. Tenía empeño en asegurar su frontera. Muy impresionado por todas las afinidades naturales, juzgaba que el nuevo reino italiano no podía empezar sino en los Alpes. El 1.º de marzo, en el acto de apertura de las Cámaras legislativas, hizo público su proyecto. El día 13 del mismo mes, en un despacho circular, Thouvenel lo notificó oficialmente á las potencias. Procurábase evitar todo rozamiento. La extraordinaria extensión de Cerdeña había obligado á Francia á reclamar aquella compensación. Tratábase no de conquista, sino de cesión libre, y las poblaciones saboyanas ó nizardas serían llamadas á pronunciarse sobre su destino. El ministro de Negocios extranjeros prometía no menoscar ningún derecho adquirido en los territorios saboyanos sometidos á la neutralización eventual; en cuanto á dichos distritos, el rey «no transmitiría al emperador más derechos que los que el mismo

(1) Despacho de Persigny á Thouvenel, 16 de febrero de 1860 (*Livre jaune*, 1860, págs. 37 y 38).

(2) Véase principalmente la carta del príncipe regente de Prusia al príncipe Alberto, 4 de marzo (*The life of Prince Consort*, por Teodoro Martín, tomo V, pág. 47).

tenía» y se daría toda clase de garantías á la Confederación helvética (3).

Persuadido de que lo más prudente era someterse, Cavour había dejado para Inglaterra las protestas ruidosas. A última hora se arrepintió y trató de conservar parte de los territorios reclamados. Bastante resignado al abandono de la Saboya, le quedaba alguna esperanza respecto á Niza, y trató de exceptuarla de la cesión. Viendo que esto no era posible en absoluto, imaginó una combinación que neutralizaría á dicha ciudad y sus



Vicente Benedetti

contornos. Pero todas las cartas de Francia, hasta las de sus mejores amigos de Italia, le señalaban el peligro de la resistencia.

Napoleón se mostraba, contra su costumbre, impaciente y dispuesto á precipitar las cosas. Esperando que un amigo de Italia conseguiría, mejor que ningún otro diplomático, vencer las resistencias, en 20 de marzo llamó á las Tullerías al Sr. Benedetti, director de los negocios políticos, y le hizo partir aquella misma noche para Turín. Sus instrucciones consistían en no prestarse á discusión alguna, en descartar todo aplazamiento y no volver á París sino después de haber firmado el tratado. Con el nuevo negociador, Cavour apeló á todos sus recursos. Defendió con abundantes razones la causa de Niza y la del Chablais y el Faucigny, que podían ser agregados á Suiza. Como sus argumentos se estrellaban contra una oposición silenciosa, el jefe del gabinete sardo trató al menos de debatir la demarcación de las fronteras y pidió que el trazado, en vez de ser confiado á una comisión mixta, fuese determinado por

(3) Despacho circular de Thouvenel, 13 de marzo (*Livre jaune*, 1860, págs. 38-42).

el acta misma de la cesión; temía que sin esta cláusula el Parlamento se negase á la ratificación. Rechazado de nuevo, Cavour se esforzó á fin de obtener que el enviado francés solicitase instrucciones suplementarias; después de todo, esto sería un plazo que quizá permitiría salvar algo de lo que con tanto pesar se abandonaba. La entrevista se prolongó durante dos conferencias, pero en tono cortés y sin ninguna de las acritudes de lenguaje que refrieron varias publicaciones extranjeras. Fiel á las instrucciones del emperador, Benedetti fué inflexible. Sólo entonces el gran luchador cedió. Firmóse el tratado el día 24, Cavour firmó el primero, con una emoción que no pudo dominar. Pero pronto recobró toda su serenidad. Aquella cesión era en el fondo como una especie de pago que dispensaba de la gratitud y autorizaría quizá nuevas empresas. Al retirarse, el ministro sardo se acercó al encargado de negocios de Francia, Sr. de Talleyrand, y á media voz le dijo estas palabras: «Señor barón, desde hoy somos cómplices.»

El escrutinio que había de ratificar el cambio de amo se abrió el 15 de abril en Niza y el 22 en Saboya. El condado de Niza dió por resultado 25.000 sufragios afirmativos, 160 sufragios negativos y 5.000 abstenciones. La Saboya sancionó la cesión por 130.000 votos afirmativos contra 235 negativos, siendo las abstenciones poco numerosas. En esta vieja provincia, cuna de la casa real, un acuerdo tan unánime hubiera podido considerarse como una rara y sorprendente indiferencia, ó como una disminución del fervor dinástico. Sin embargo, no era nada de eso. La Saboya no abandonaba sin pesar á sus príncipes. El rey era allí popular; no el rey constitucional é innovador que no conocían; no el rey en disidencia con Roma, descarriado, según decían, por Cavour; no el rey italiano y ambicioso que parecía desviado de su senda, sino el rey en absoluto, el rey hecho á imagen de su pueblo, el rey caballeresco y militar, pobre, rudo y robusto, devoto y algo dado al pillaje, en una palabra, el que, desde Humberto el de las blancas manos, llevaba valerosamente por montes y por valles el escudo de la cruz blanca. La lealtad era patrimonio de aquella tierra fiel. La separación fué debida á razones bastante poderosas para vencer todas las disidencias. Desde luego el rey, en virtud del tratado, había hecho virtualmente el sacrificio y difícilmente podía volver á tomar á los que ya no eran súbditos suyos. En segundo lugar, el clero, muy poderoso en aquel país é irritado contra la política de Cavour, se inclinaba hacia Francia. Una consideración dominaba á todas las de-

más. Durante siglos, los reyes sardos habían reinado como á caballo sobre ambas vertientes de los Alpes. En lo sucesivo iban á encontrarse apartados de su país de origen por los cuidados dominantes de su gran reino italiano. En el Parlamento, en los consejos del rey, los saboyanos no podrían ya hablar su lengua, se sentirían perdidos, absorbidos y como conquistados. En aquella necesidad de un cambio, los saboyanos del Norte, ribeños del lago Lemán, se hubieran agregado gustosos á Suiza, esperando bajo este régimen impuestos menos gravosos, una libertad más amplia, cargas militares menos pesadas, y sintiéndose atraídos por Ginebra, verdadero centro comercial de aquellas comarcas. Siendo imposible esta combinación, la aspiración general de las poblaciones se había inclinado hacia Francia, no con extremado entusiasmo, pero sí con una sinceridad perfecta. Esta aspiración era la que acababa de manifestarse en el escrutinio del 22 de abril. Sólo algunas familias de antigua alcurnia siguieron allende los Alpes la suerte de sus antiguos señores, pero no sin pesar y sin que los esplendores de Florencia y más tarde los de Roma pudiesen hacer olvidar las montañas en que sus antepasados habían vivido. Así se realizó la anexión. Sólo faltaba someter el acta de cesión á la ratificación del Parlamento. El tratado fué ratificado el 29 de mayo por la Cámara y el 10 de junio por el Senado.

El doble voto que había agregado la Emilia y la Toscana al Piamonte, y Saboya y Niza á Francia, ¿marcaría el final de las complicaciones? Esta esperanza se desvaneció muy pronto. Aún se hablaba de las anexiones y ya Garibaldi partía para Sicilia. Estaba escrito que Napoleón no podría retirar la mano que había puesto en los asuntos de Italia. La historia de Francia y la historia de Italia se confunden de tal modo que ya no es posible separarlas. Sin embargo, aquel año memorable de 1860 no fué solamente el año en que se completó la obra de Cavour. En el interior de Francia fué marcado por una gran evolución económica y fué señalado en el exterior por dos lejanas expediciones. *Tratado de comercio con Inglaterra, expedición de China, expedición de Siria*, tales son los diversos asuntos entre los cuales se dividirá la actividad del emperador. Hay que exponer esa transformación industrial. Hay que referir esas empresas realizadas allende los mares. Luego narraremos la extraordinaria aventura que puso toda la Italia del Sur en manos de Víctor Manuel, precisando sobre todo el papel que, en aquellas circunstancias cada vez más graves, desempeñó el gobierno francés.

LIBRO DÉCIMOCTAVO

EL TRATADO DE COMERCIO

- SUMARIO: I.—Proteccionistas y librecambistas: legislación anterior.—De cómo desde los comienzos del segundo Imperio tiende á acreditarse la doctrina de la libertad comercial: proyecto de reforma de 1856 y por qué se aplazó.—El Sr. Miguel Chevalier y el Sr. Cobden; el Sr. Cobden y el emperador: de qué modo las conferencias se convierten en negociación: el público; su ignorancia; primeros indicios.—Carta imperial de 5 de enero.
- II.—Emoción en los principales centros manufactureros, y forma ruidosa en que esta emoción se manifestó.—El tratado de 23 de enero con Inglaterra y cómo llegó á conocimiento del público: análisis y principales disposiciones de ese tratado.
- III.—El Cuerpo legislativo: proyecto de ley sobre primeras materias; de qué manera los diputados, con ocasión de este proyecto, abordan la discusión del tratado de comercio.—El Sr. Pouyer-Quertier: su informe.—Discusión pública: diversas objeciones contra el tratado y esperanza de que el gobierno, al fijar los derechos específicos, no abandonará la protección de la industria nacional.—El Sr. Baroche: su discurso: terminación de los debates.
- IV.—Convenios complementarios de 12 de octubre y 16 de noviembre de 1860.—Quejas de la industria.—En qué momento podrán ser apreciadas las consecuencias de la reforma comercial.

I

Uno de los hombres que con mayor atención seguían la política napoleónica, el Sr. Carlos Greville, escribía en su *Journal* en 22 de enero de 1860: «Para hacer frente á la vez al partido clerical y al partido proteccionista, es preciso que el emperador tenga extraordinaria confianza en su prestigio personal; será muy interesante ver si los hechos justificarán esta osadía (1).» Estas líneas, en las que la sorpresa aparecía suavizada por una discreta ironía, aluden á un acto digno de ser notado bajo dos conceptos, por lo que era en sí mismo y por la manera brusca como se realizó. Mientras la atención general hallábase absorbida por los asuntos de Italia, circuló el rumor de que nuestro antiguo régimen de protección industrial iba á ser objeto de un profundo atentado á ejemplo del que había sufrido nuestro derecho público: en efecto, á esta época se remonta el *Tratado de comercio con Inglaterra*, así como la gran evolución económica que en ese tratado tuvo su consagración.

En nuestro país el sistema protector, tan antiguo como el comercio mismo, había sido reglamentado por Colbert. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, habían comenzado á insinuarse, bajo la influencia de los economistas, las ideas de librecambio; pero estalló la Revolución, y toda la política comercial habíase resumido en un solo pensamiento, destruir la industria inglesa, habiendo salido de esta inspiración varios decretos y en particular la famosa ley del 10 de brumario del año V que prohibía la importación de toda mercancía británica. Con Napoleón, todavía se había ampliado el programa y Francia ambicionó cerrar á Inglaterra no sólo los puertos franceses, sino también los mercados del mundo entero. El restablecimiento de la paz puso término á ese estado extraordinario, mas como la Restau-

ración se encontraba con un país doblemente cansado, por las sacudidas de la época revolucionaria y por las guerras del Imperio, el temor, quizá bastante justificado, de la competencia extranjera fué causa de que se mantuvieran prohibiciones muy rigurosas y que se establecieran tarifas muy elevadas para los artículos no prohibidos. Durante la monarquía de Julio subsistió el mismo sistema y todos los esfuerzos para implantar una legislación menos restrictiva fracasaron ante la oposición de las Cámaras ó ante las reclamaciones de los manufactureros, quienes juzgando ya estímulo bastante para nuestra industria la competencia interior, se dedicaron parte por prudencia y parte por egoísmo ó rutina á rechazar las reformas ó por lo menos á aplazarlas.

Desde los comienzos del Imperio, la doctrina del librecambio, que hasta entonces no pasara del estado de brillante teoría, ganó visiblemente terreno: la construcción de los ferrocarriles, la multiplicación de las carreteras, el desarrollo de la navegación marítima, todo invitaba á la extensión del comercio internacional; además el emperador era amante del progreso y sobre todo se preciaba de serlo, y cuando los economistas de la nueva escuela le hacían ver las ventajas que de una legislación aduanera más amplia reportarían los consumidores, tenían la seguridad de que habían de conquistarse su atención. De todas las libertades, la libertad comercial era casi la única que podía predicarse sin peligro; por esto fué predicada y lo fué con ardor, pues así los periodistas como el público iban á caza de discusiones no prohibidas. Los nuevos principios no tardaron en penetrar en los hechos, primero tímidamente y como por infiltración. En 1852 entabláronse con Inglaterra ciertas negociaciones para llegar por medio de un tratado á una reducción parcial de los derechos de entrada; al año siguiente, la insuficiencia de la cosecha de cereales determinó un notable encarecimiento en todos los comestibles, y en medio de estas circunstancias críticas, que

(1) *The Greville Memoirs*, tomo VIII, pág. 289.